

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO VI. }

MÉXICO, ENERO 1^o DE 1876.

{ NUM. 99.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION QUINTA.

REINO VEGETAL.—LAS FLORES.

Cuando la primavera viene á sacar á la naturaleza del letargo en que la sumió el invierno; cuando todo se despierta y reanima al sople embalsamado de los bellos días; en esa estacion que hace palpitar precipitadamente el corazon, mi alma experimenta esa exaltacion, esa embriaguez que producen siempre en mí las flores, el incienso de los prados, la luz deslumbradora y la atmósfera caldeada por el sol del mediodía: entónces, me agrada recorrer el bosque y la campiña, escuchar al declinar el dia la voz del torrente y el canto de las aves; entónces, me pa-

rece que la vida es mas ligera, que la desgracia ha olvidado por un momento de oprimir mi existencia.

Elevo al cielo mis húmedas pupilas, y bendigo su azulada limpidez; bendigo la luz, primero y magníficísimo don del Creador, esa luz que me permite admirar tantos dulces y agradables objetos: bendigo, sobre todo, á Dios, que hizo tantas cosas para delicia de mis ojos, para recreo de mi inteligencia.

Me considero como puesto por su mano omnipotente en medio de un vasto teatro donde se suceden, sin descanso, escenas siempre nuevas, aunque siempre las mismas. ¡Cuán majestuosas son las decoraciones que adornan ese teatro, y cuán grande, cuán sublime, el poema que en él se presenta! Primeramente, el sol que se adelanta con la frente velada de trasparente púrpura, y que desgarrar luego para mostrarse en todo su esplendor; las ricas tintas de la aurora, el rayo abrasador del mediodía, el vaporoso manto de la noche, el meteoro errante en las tinieblas, la luna con su blanco fulgor, las estrellas, el radioso cometa, el relámpago que surca las nubes, el rayo que las hiende y arranca de ellas el granizo, helada y devastadora metralla de la aérea artillería; el luminoso arco que brilla en pos de la tempestad, dulce sonrisa de un rostro bañado en llanto:

he ahí las escenas de ese teatro, hé ahí sus decoraciones y sus actores.

Cuando se considera á la naturaleza bajo este punto de vista, se comprende como una indiferencia culpable y aun impía permanecer impassible á la vista de tantas maravillas, y no procurar estudiar las obras de Dios para excitarse incesantemente á la gratitud que le debemos.

Cuando se piensa en los innumerables dones que nos ha hecho, en los presentes variados que nos trae cada estacion, en los vegetales que cubren el globo, y cuya mayor parte sirve para nuestra utilidad ó nuestro recreo; en las innumerables riquezas minerales amontonadas en el seno de la tierra, y que la industria del hombre le arranca para tan diversos usos, faltan palabras para expresar la admiracion. Al decir: «El Dios vivo ha esparcido por do quiera la vida;» al pensar en los innumerables pueblos que se agitan en la superficie de la tierra y en sus fecundas entrañas, que llenan las incógnitas profundidades del Océano, esa admiracion, esa extrañeza se aumentan. Si, llevando mas léjos aún el pensamiento, se reflexiona en que nuestro planeta solo es una parte infinitamente pequeña del grande universo que Dios ha hecho, un mundo errante en medio de un número inmenso de mundos, semejantes

ó superiores á él, la mente se siente anonadada bajo el peso de lo infinito: experimenta lo que nuestros débiles ojos al intentar fijarse sobre el inflamado disco del sol.

En esos momentos de estupor, necesario es fijar nuestras ideas, detener nuestro pensamiento, dirigir nuestros ojos á uno de los objetos de la creacion en particular. Los mas humildes, los mas despreciables á los ojos del vulgo, ofrecen aun un vasto campo á las investigaciones del hombre estudioso. ¡Ved al paciente naturalista consumir sus años en el estudio de una sola especie de insectos; ved al horticultor hallar empleo para su vida entera, y vida en verdad muy feliz, en los cuidados que presta á sus queridas flores! Oh! comprendo perfectamente los goces de este último! Las flores me parecen lo mas gracioso de cuanto la mano del Creador ha colocado en la naturaleza material; así, se ha hecho de ellas el símbolo de lo mas amable, de lo mejor que hay en el mundo. La inocencia, la felicidad, la pureza, tienen flores por emblemas: flores se deshojan ante los pasos del conquistador; con flores brilla la frente de la desposada; flores adornan la de la vírgen que al Señor se consagra. Flores tambien han engalanado desde las primeras edades del mundo los altares de la Divinidad.

Valeria y Elvira, como yo, eran apasionadas por las frescas hijas de la primavera.

Al declinar el día que siguió al de la excursion á Salles-la Source, nuestras dos amigas y M. de Montrol entraban en un risueño jardin, donde uno de sus vecinos, anciano amable y hábil horticultor, habia reunido gran número de plantas preciosas y agradables.

M. de Hermant, que así se llamaba, acogió con la mas delicada amabilidad á sus huéspedes, y les hizo visitar su jardin con visible satisfaccion é ingenuo orgullo.

Se hallaba situado en un terreno vasto, un poco pendiente, cortado por varias mesetas, y dominaba un fértil y pintoresco valle, que, hallándose separado solo por una cerca de acebos y rosales, parecia formar parte de él. Las miradas se perdian en una lontananza de verdura y frescas umbrías, y llegaban al horizonte hasta las altas montañas de blancas cimas, que se desplegaban en anfiteatro, encerrando entre sus brazos aquella apacible soledad.

M. de Montrol, Elvira y la pequeña Valeria gozaron solo un momento de la vista de aquel panorama encantador; M. de Hermant los sacó bien pronto del éxtasis contemplativo en que se hallaban, para conducirlos á donde estaban sus flores favoritas, el objeto de sus cuidados mas asíduos, el honor de su jardin: sus magníficas tablas de tulipanes.

¡Qué gozo el de Valeria al ver aquellas flores tan brillantes y variadas! Despues de haber admirado varios de ellos, M. de Montrol se detuvo delante de uno que le pareció mas bello que los otros. Tenia una forma perfecta; su cáliz era regular y elegante. Dos colores bien distintos resaltaban sobre un fondo blanco bien terso y brillante, y las ángulas, es decir, la parte inferior de cada pétalo, eran de un blanco puro.

—Vamos! ¿Qué os parece? exclamó M. de Hermant en el colmo de la alegría.

M. de Montrol.—Admirable; y me hace recordar una anécdota curiosa que leí en un periódico muy divertido: *el Diario de las Mujeres*.

M. de Hermant.—Oh! hubo un tiempo en que el gusto por los tulipanes rayaba en frenesí: hoy nadie se inquieta tanto por una flor. Sin embargo, confieso que mi jardin me hace pasar momentos de verdadera felicidad: es mi distraccion favorita.

M. de Montrol.—Ese gusto os hace honor, señor conde; más de un sábio ha encontrado en el cultivo de las flores un agradable recreo en sus graves y útiles trabajos. Sabido es cuánto gustaba de las rosas el ilustre y virtuoso Malsherbes. Pero los gustos mas laudables, llevados al exceso, pueden llegar á ser funestos ó ridículos. Por lo que hace á mi anécdota, héla aquí:

«Un florista de Harlem tenia una tulipa, que era «su orgullo y su alegría.» (Era perfectamente pa-

«recida á la vuestra si la descripcion que de ella he «leído es exacta).

«Pasaba los dias enteros contemplándola, y siempre descubria en ella nuevas bellezas. En los primeros dias de Junio, cuando la flor estaba ya marchita, la desenterraba, limpiaba la pulpa de las piedrecillas á ella adheridas, y la colocaba en un paraje bien seco esperando el mes de Mayo. Todos lo envidiaban ó lo aborrecian, porque era feliz!

«Cierta día supo, por un viajero á quien hizo ver «su tulipa, que habia otra igual en Paris, en el arrabal del Templo.

«La vida de nuestro hombre se acibaró desde «aquel momento: la tulipa habia perdido ya todos «sus atractivos.

«Llegó al fin el momento en que no pudo sufrir «mas. Se puso en camino para Paris, pagó tres mil francos por la tulipa, la deshizo con sus piés, y se «volvió gozoso, seguro de que la suya era la única.»

M. de Hermant.—Ese rasgo de locura no me causa extrañeza. El gusto por los tulipanes, que fué moda un momento, ha impulsado á mas de una extravagancia semejante. Pero yo, que gusto de esas flores sin aspirar á poseerlas solo, ofrezco á la señorita Valeria cebollas de las especies mas bellas que tengo.

Valeria.—Doy á vd. mil gracias, señor conde. ¡Qué lindo vá á estar el año que viene mi jardin! Pero será menester tambien que tenga vd. la bondad de enseñarme á cultivar esas bellas flores.

M. de Hermant.—Nada mas fácil ni mas sencillo, mi linda vecinita.

En el mes de Octubre, despues de haber preparado bien una tabla de tierra proporcionada á la cantidad de cebollas que yo os daré, las colocareis en hoyos separados entre sí de unas seis pulgadas, y que tengan dos de profundidad. Es menester tener cuidado de enterrarlas completamente y de colocar en la primera línea las mas pequeñas, las que sean un poco mayores en la segunda, y así las demás, para que formen una gradacion agradable á la vista. Debe procurarse que las tablas de tierra estén mas elevadas que las sendas á fin de preservirlas de la humedad. En la época de las flores, puede cubrírselas con encañizados, sobre los cuales se extienden esteras, para prolongar su duracion.

Las tulipas de mérito, como estas, se colocan en tablas; las comunes se ponen en bordura. Ya ven vdes. que he rodeado los compartimientos con tulipas rosa y dobles. Los que están en aquellos tiestos son sencillos, y esta es la sola especie que pueda criarse en ellos. Las demás necesitan tierra abundante y muy poca humedad.

Entre los tulipanes empenachados este es uno de los que gozan de mas estimacion: yo le he dado el nombre de *marguelina*. El que está junto se llama *ágata*; el que ven vdes. al lado del rosal es una variedad obtenida por mí, y la he bautizado con el nombre de *mirtea*, que es el de una señora jóven y muy linda que habita desde hace poco en estas inmediaciones. Aquel, paja y hortensia, se llamará, si vdes. no le llevan á mal, *valeria*, y el que sigue *elvira*.

Veamos ahora los claveles. Esta flor, como vdes. saben, exige muchos cuidados.

Este es el *clavel de los bosques*, que florece aun en invierno con tal que se le preserve del frio; el *clavel de los floristas* que tiene olor de clavo; el *clavel de los poetas*, cuyas flores forman ramilletes. No nombro las otras especies, porque tengo mas de sesenta sin contar las variedades.

Elvira.—¡Qué distraccion tan llena de encantos ha escogido vd., señor conde, y cuán delicioso es este retiro! Es muy dulce pasar su vida en medio de las flores!

M. de Hermant.—Esta es la hora mas agradable para verlas y respirarlas. Un agua benéfica les apaga la sed, y reanima su frescura. Abren sus cálices á las brisas de la tarde, y radiosas, parecen dar al sol un dulce adiós, exhalando sus suaves perfumes.

En efecto, el aire, que habia sido abrasador durante el día, era entonces fresco y embalsamado. Los céfiros murmuraban en el follaje de los árboles, los cuales, dispuestos en bóveda, en alamedas, em-

bellecian aquella encantadora morada. Las rosas, los nardos, los junquillos, embriagaban con su perfume; el jazmin y la madreselva elevaban sus flexibles y débiles tallos por los emparrados dispuestos para sostenerlos, y redondeaban la bóveda. El iris, la margarita, la brillante y majestuosa azucena, la violeta de pálidas tintas, de modesta y dulce apariencia, formaban un delicioso tapiz con sus delicados colores, y confundian sus aromas. Las lilas y los olivos de China se agrupaban en derredor de un otero cubierto de césped, en cuyo centro un mirto, de belleza y grandor extraordinarios, balanceaba sus ramas, esparciendo en torno suyo sus nevadas flores.

M. de Hermant condujo á sus huéspedes á un plantel de rosales, donde les mostró una multitud de especies diferentes, todos á cual mas bellos.

—Este es, les dijo, el rosal *Bengala rojo*: sus flores son ménos olorosas que las de la mayor parte de las otras rosas; pero se las prefiere por su bello color de púrpura. El *Bengala blanco*, que se llama tambien *rosal de las Indias*, produce durante el verano, y casi todo el otoño, flores de un encarnado pálido pero agradable.

Ese gran rosal de ocho piés de elevacion es indígena y muy comun en nuestras provincias meridionales: sus flores numerosas de color blanco leche nunca se abren por completo. Admirén vdes. esos rosales enanos con sus flores pequeñitas, delicadas y dispuestas en guirnaldas; pero el que yo prefiero es el rosal musgoso.—Basta de esto: acerquémonos al estanque.

No léjos de los rosales habia efectivamente uno, cuya agua, perfectamente límpida, no estaba encerrada entre mármoles sino rodeada de una cintura de flores y verdura. Diferentes especies de ninfas suspendian sobre la tranquila onda sus corolas de nieve, de azul, de oro ó de rosa; sauces la sombreaban con sus llorosas ramas, y cisnes de blanco plumaje bogaban por ella, complacidos de hallarse en medio de aquellas flores bellas y elegantes como ellos.

Valeria preguntó á su padre el nombre de aquellas flores acuáticas.

M. de Montrol.—Aquella, cuyas hojas son anchas y dentadas, y cuya graciosa cabeza descansa muellemente sobre el agua, es el *loto de Egipto*, cantado por todos los poetas orientales. El nombre que la dan significa en árabe *la esposa del rio*; á su lado está la *ninfea cerúlea*, con flores azul celeste. Esta, de color rosado, se llama la *ninfea nelumbo*, originaria de la India. Aquella otra de grandes flores blancas se encuentra en todos los rios y canales del mediodía de Francia, pero no por eso produce un efecto ménos agradable en medio de sus hermanas. El nombre genérico *ninfea* significa *flor de las ninfas*.

M. de Hermant.—Entremos en el invernadero de los naranjos.

Valeria.—Nunca he visto tan grande número de lindos arbustos. ¿Quisiera vd. decirme sus nombres?

M. de Hermant.—Vea vd. ántes estos limoneros cargados de fruta: este arbusto, cuyo perfume imita al de la piña, procede de América. Pero lo que yo prefiero es una coleccion de naranjos. He reunido veinte especies ó variedades. Este es el *naranjo granada ó granado de Malta*; aquel se llama *pera del comendador*, porque el fruto cortado horizontalmente representa una cruz de Malta. Examinen vdes. el *naranjo de frutos violeta*, el de *hojas de mirto*, el *naranjo turco*, cuyas hojas están bordadas de blanco.

El cultivo del naranjo y del limonero es uno mismo. Ambos son originarios de la India y de la China, y para conservarlos en nuestros climas han menester asíduos y minuciosos cuidados: un invernadero expuesto al mediodía, bien cerrado, caliente y acolchado perfectamente. Cualquiera que sea la estacion, debe retirarse de noche á los naranjos, y lo mismo debe hacerse aun de día cuando el tiempo refresca. En el invierno no se les debe sacar absolutamente.

Si no fuese tan tarde propondría á vdes. visitasen

mi otro invernadero, dedicado especialmente á flores americanas.

M. de Montrol.—Esa visita habremos de aplazarla por algun tiempo: mañana me pongo en camino para V***, y mi ausencia durará al ménos tres meses.

El día siguiente fué día de tristeza para Valeria y Elvira. Partieron en efecto con M. de Montrol para una de las ciudades vecinas, y asuntos de interés los detuvieron en ella tres meses enteros. ¡Qué largo pareció este tiempo á nuestras amigas! ¡Con qué gozo volvieron á su querido valle en los primeros días de Setiembre! ¡Con qué trasportes saludaron las colinas cubiertas de rojos y maduros racimos!

En los prados y en los jardines se dejaban ver aún algunas flores raras, y en su mayor parte inodoras. Algunas violetas de los Alpes desplegaban á las brisas de la tarde sus aterciopelados pétalos, y las damas de noche, blancas, amarillas, rosadas, abrían sus cálices al acercarse la noche: en fin, la liuda rosa de Bengala estaba allí también para recordar mejor la primavera.

Al día siguiente al de su llegada, Elvira, Valeria y M. de Montrol se paseaban á la orilla de un arroyo; apercibiendo Elvira entre el césped una florecita azul, exclamó:— Ah! una myosotis! mi flor querida! ha sobrevivido á la primavera para alegrarnos con su vista á nuestra vuelta.

M. de Montrol.—No la des ese nombre clásico, Elvira: prefiero el que le dan los Ingleses y los Franceses: *forget me not*, ó *acordaos de mí*.

Elvira.—Tiene vd. razón; de ese nombre vulgar voy á servirme para su clasificación.

Y Elvira escribió en su álbum estas palabras tan modestas como la hija de los campos que las inspiraba:

ACORDAOS DE MI.

La paloma y su cria.

(FABULA.)

Sentía una paloma
Que, sin embargo de poner los medios
Que otras muchas ponían,
No lograba tener algun hijuelo.
Paseábase una tarde,
Engañando su amargo sentimiento,
Por un sombrío bosque,
Y vió en un nido abandonado un huevo
De color y tamaño
De los de alguna tórtola. ¡Qué bueno!
¡Qué hallazgo tan precioso!
De gozo ya no cabe en el pellejo.
Colócase en el nido
Con tal ahinco y oficioso anhelo,
Que no osaba moverse
Para comer siquiera. Llegó el tiempo,
Y con toda ventura
Salió de aquella cárcel el polluelo.
¡Qué halagos! qué caricias
Le hacía la paloma! Vaya; el seso
Para perder estuvo.
Cuidóle en fin con el mayor esmero,
De modo que en dos días
Tanto creció, que daba gozo el verlo,
Sacando de paloma
Ojos, alas y pico. Desde luego
A educarle comienza,
Y le dá los principios mas selectos,
Encargándole mucho
El amor á su prójimo. En efecto,
Un día que escuchando
Estaba la lección mi buen polluelo,
Se escapó de su nido
Un pequeño pinzon, y sin saberlo
Paró donde él estaba.
Ira de Dios! cuál se lanzó á cogerlo!
La madre imaginaba
Que por piedad, al verle tan pequeño,
Correría á ofrecerle
Acogida en su nido; pero el perro

Llegó, le hubo en sus garras,
Quitó la pluma, y se le echó al colete.
Era hijo de un milano,
Y obró como quien era: no hay remedio.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO VIII.

REGLAS DIVERSAS.

I

Uno de los objetos á que debemos consagrar mayor suma de atención y estudio es el hacer agradable nuestra persona, no ya por el conocimiento y la práctica de los usos y estilos de la buena sociedad, ni por la elevación y cultura de nuestro espíritu, ni por la dulzura de nuestro trato, sino por una noble y elegante exterioridad, por la delicadeza de nuestros movimientos, por la naturalidad y el modesto despejo que aparezcan siempre en nuestro cuerpo, sea cual fuere la actitud en que nos encontremos (pár. v del cap. 3º)

II

La moderación es la reguladora de los modales exteriores, así en el hombre como en la mujer; pero la organización física y moral del hombre, la mayor agilidad que adquiere en las faenas industriales, su inmediato contacto con los extravíos del corazón humano, la presencia de los peligros, los reveses de la fortuna, y el comercio general de la vida en su constante anhelo por proporcionarse á sí mismo y á su familia una cómoda subsistencia, comunican á su exterioridad un cierto desembarazo, una cierta dureza, un cierto aire de libertad y de franqueza que le es enteramente peculiar, y que distingue notablemente sus modales de los de la mujer.

III

Por lo mismo que la diferente naturaleza y el diferente género de vida de uno y otro sexo han de producir estas diferentes propiedades en los modales exteriores, la mujer cuidará de precaverse de aquella excesiva suavidad que degenera en ridícula timidez ó rústico encogimiento, y el hombre de aquel excesivo desembarazo que comunica á su persona un aire vulgar y desenvuelto.

IV

Siempre que en sociedad nos encontremos de pié, mantengamos el cuerpo recto, sin descansarlo nunca de un lado, especialmente cuando hablemos con alguna persona.

V

Al sentarnos, hagámoslo con suavidad y delicadeza, de modo que no caigamos de golpe y violentamente sobre el asiento; y despues que estemos sentados, conservemos una actitud natural y desembarazada, sin echar jamás los brazos por detrás del respaldo del asiento ni reclinar en él la cabeza, sin estirar las piernas ni recogerlas demasiado, y sin dar al cuerpo otros movimientos que aquellos que son propios de la conversacion, segun las reglas sobre ella establecidas.

VI

Solo entre personas que se tratan con confianza puede ser tolerable el acto de cruzar las piernas.

VII

Es extraordinariamente incivil el situarse por detrás de una persona que está leyendo, con el objeto de fijar la vista en el mismo libro ó papel en que ella lee.

VIII

Cuando un caballero se halle sentado, y una señora ú otra persona cualquiera de respeto ó con la cual no tenga confianza se le acerque á hablarle sin tomar para ello asiento, se pondrá inmediatamente de pié y así permanecerá hasta que aquella se retire. Pero una persona de buena educación evita siempre por su parte permanecer de pié al acto de hablar á otra á quien encuentra sentada.

IX

Un caballero que se halla en sociedad no permite nunca que á su presencia se dirija una señora de un punto á otro con el objeto de tomar una silla, abrir ó cerrar una ventana, ó ejecutar cualquiera otra operación de que pueda el relevarla. Igual atención usa siempre una señora joven respecto de una señora de edad avanzada, y en general un inferior respecto de un superior.

X

Cuando á una persona se le caiga al suelo algun objeto, el caballero que se halle mas inmediato á ella se apresurará á levantarlo, poniéndolo luego en sus manos con cierta gracia y delicadeza en los movimientos. El mismo obsequio tributará una señora á otra señora, cuando no se encuentre un caballero inmediato á ésta. Mas la persona cualquiera que ella sea, á quien se caiga un objeto, procurará levantarlo ella misma inmediatamente, á fin de evitar que otro se tome el trabajo de hacerlo.

XI

Son actos enteramente impropios y vulgares: 1º, poner un pié sobre la rodilla opuesta: 2º, apoyarse en el asiento que ocupa otra persona, y aun tocarlo ligeramente con las manos: 3º, mover innecesariamente el cuerpo, cuando se está en un piso alto, ó cuando se ocupa con otros un asiento comun, como un sofá, etc., ó un lugar cualquiera al rededor de una mesa, de manera que se comunique el movimiento á los demás: 4º, extender el brazo por delante de alguna persona, ó situarse de modo que se le dé la espalda, ó hacer cualquiera de estas cosas, cuando es imprescindible, sin pedir el debido permiso: 5º, fijar detenidamente la vista en una persona: 6º, manifestar grandes cuidados con la ropa que se lleva puesta, con el peinado ó con la barba: 7º, estornudar, sonarse ó toser con fuerza, produciendo un ruido desapacible: 8º, reír á carcajadas ó con frecuencia: 9º, llevarse á menudo las manos á la cara, hacer sonar las coyunturas de los dedos, jugar con las manos, con una silla, ó con cualquiera otro objeto.

XII

El acto de bostezar indica infaliblemente sueño ó fastidio, ó bien un hábito que no ha sabido cortarse en tiempo y se toma despues erradamente por una necesidad. Cuando no podamos dominar el sueño, ó no nos sintamos ya animados en el círculo en que nos encontremos, retirémonos inmediatamente y sin esperar á que nuestros bostezos vengán á expresarlo, lo cual es siempre desagradable y aun ofensivo á los demás. Y en cuanto al hábito de bostezar, pensemos que él hace insoportable la compañía de la persona mas culta y mas amable.

XIII

Hay algunas personas que, por manifestarse siempre afables, se acostumbran á mantener en sociedad una sonrisa constante, la cual comunica á su fisonomía un aire de vulgaridad y tontería que las deslucen completamente, y aun llega á hacer su trato empalagoso y repugnante. Es cierto que debemos mostrar á las personas con quienes nos encontramos una constante afabilidad; pero ésta no consiste en sonreirnos siempre, sino en aquel modo suave y atento con que naturalmente expresamos nuestra satisfacción y buen humor, y el placer que produce en nosotros la presencia y la conversacion de nuestros amigos.

XIV

Las personas que se reunen para pasearse en una sala, en un corredor, ó en otro lugar cualquiera, al cambiar de frente para volver de un extremo á otro, deben observar las reglas siguientes: 1.^a, si son dos personas las que se pasean, ambas se abren por el centro, describiendo cada una hácia afuera una línea semicircular: 2.^a, si son tres personas, la que vá en el centro se abre por el lado izquierdo junto con la que vá á su derecha, de modo que ésta quede ocupando el centro; y la que vá á su izquierda, cambia de frente de la manera indicada en la regla anterior: 3.^a, si son cuatro personas, se abren en dos alas, de manera que las dos personas del centro queden en los extremos, y las de los extremos en el centro: 4.^a, cuando entre las personas que se pasean hay una que notablemente sobresale en respetabilidad, se la deja siempre en el centro; dando ella alternativamente el frente á la derecha y á la izquierda al volver de un extremo á otro, y sujetándose las demás á las reglas precedentes.

XV

Es embarazoso y molesto el paseo de mas de cuatro personas juntas; y aun debe procurarse que las reuniones que se formen para pasearse no lleguen nunca á exceder de tres personas.

XVI

Cuando varias personas reunidas han de subir ó bajar una escalera, deben observar las reglas siguientes: 1.^a, el caballero cede siempre á la señora el lado mas cómodo, y lo mismo hace el inferior respecto del superior: 2.^a, si no puede subir ó bajar mas de una persona á un mismo tiempo, las personas de un mismo sexo se van cediendo entre sí el paso, segun su edad y categoría; y las señoras y caballeros reunidos, proceden de la manera que quedó indicada en el pár. XXXVII de la seccion 5.^a del art. 3.^o

XVII

Cuando una señora es acompañada por un caballero á un festín, á un espectáculo, ó á otro lugar cualquiera donde ambos han de permanecer, no puede admitir el brazo de otro caballero para regresar á su casa, si aquel se halla presente á su salida y cumple con el deber en que naturalmente se encuentra de acercársele para acompañarla de nuevo.

XVIII

Cuando nos encontremos cerca de personas que hablen entre sí de una manera secreta, huyamos cuidadosamente de llegar á percibir ninguna de sus palabras. Nada puede haber mas indigno que poner atención á lo que otros hablan en la persuasion y la confianza de no ser oídos.

XIX

Siempre que saludemos á una persona, además de hacerle una cortesía, mostrémosle un semblante afable y mas ó ménos risueño, segun el grado de amistad que con ella tengamos. Los saludos desdeñosos, los que apenas pueden ser percibidos, y aquellos en que se muestra cierto aire de proteccion, son exclusivamente propios de gentes inciviles y que tienen la desgracia de vivir animadas de un fatuo y ridículo orgullo. La persona á quien debemos la atencion de saludarla, es tambien digna de que le manifestemos en este acto que su presencia nos es agradable.

XX

Hemos indicado en los lugares correspondientes cuán incivil y grosero es el uso del tabaco en ciertos casos particulares: réstanos ahora establecer por punto general, que este uso es enteramente ajeno de todo círculo serio; que jamás debe fumarse entre personas que no estén dispuestas á fumar tambien en el mismo acto; que en un caballero el fumar delante de una señora es hacerle una ofensa; y que en el inferior es una falta de respeto al superior.

XXI

Siempre que hayamos de nombrarnos á nosotros al mismo tiempo que á otras personas, coloquémosnos en último lugar; y tengamos además el cuidado de anteponer en todas ocasiones el nombre de la señora al de la señorita, el de la mujer al del hombre, y el de la persona mas respetable al de la ménos respetable.

XXII

Es enteramente vulgar y grosero el tutear á una persona con quien no se tiene una íntima confianza. Y aun mediando esta confianza, cuando por nuestra edad ó categoría estemos seguros de que la persona con quien hablamos no habrá de tutearnos á nosotros, abstengámonos de usar con ella de semejante tratamiento, el cual podria aparecer entónces como una vana ostentacion de superioridad. Está, sin embargo, admitido el tutear á los inferiores, entre las personas de una misma familia, y cuando las relaciones entre superior é inferior son tales, que éste no puede ver en ello sino una muestra de especial cariño.

[Continuará.]

Los dos paisanos y la nube.

(FABULA.)

A Gilote dijo Lúcas

Cierto dia con tristeza:

—¿Ves aquella negra nube?

Pues mira: ó yo soy muy béstia,

O á destruir nuestras viñas

Viene cargada de piedra.

¡Infelices de nosotros,

Que tras de aquesta tragedia

Vendrá el hambre, y tras el hambre

La mas cruel epidemia!

Miéntras él gime, suspira

Y llora que se las pela,

A carcajada tendida

Reía de ver las muecas

Gilote, diciendo á Lúcas:

—Amigo, más trae señas

De agua clara aquella nube,

Que de granizo ni piedra;

Y nos hará un beneficio,

Estando la tierra seca.

—¿Y qué entiendes tú de nubes?

Responde con impaciencia

Lúcas.—Más que tú, replica

El otro como una fiera.

En fin, ya tan adelante

Pasó aquella diferencia,

Que á defender á cachetes

Iban los dos la materia,

Cuando al horizonte vuelven

Uno y otro la cabeza,

Y ven que un soplo de viento

La nube muy léjos lleva,

Dejando á un tiempo sus campos

Sin el agua y sin la piedra.

LOS JUEGOS.

LAS BOLAS DE JABON.

Pepito se asomó un dia á una ventana de su casa que daba al patio, y llamando á Bernardina, la vecinita del cuarto bajo, la dijo:

—Mira, Bernardina, ¿quieres una cosa muy bonita que te voy á echar?

—Sí: ¡echa!

—Pues aguárdate.

Volvió á asomarse Pepito, trayendo en la mano un tubito muy delgado, tan delgado que parecia una paja, y poniéndoselo en la boca hizo como que soplabá por él. Al mismo tiempo empezó á formarse en la otra extremidad del tubo una bolita blanca y trasparente como el cristal, la que crecía y se

aumentaba sensiblemente, reflejando todos los colores del arco-iris y haciendo mil variados visos.

—¡Ah! ¡qué cosa tan bonita! exclamó Bernardina.

—¡Pues allá vá! contestó Pepe, y sacudiendo el tubito, hizo desprenderse la bola de cristal, que siempre diáfana y reluciente, empezó á descender por los aires.

Bernardina puso al instante su delantal, temiendo que aquella hermosa esfera se hiciera mil pedazos al tropezar en el suelo; pero no fué poca su admiracion al verla disiparse de improviso, sin dejar rastro ninguno, así que hubo floreado con la tela. Levantó admirada la cabeza y ya vió venir por el aire otra bola semejante, enviada por Pepito, y luego otra y otras mas. Unas bajaban lentamente hasta disiparse en manos de Bernardina, otras se deshacian ántes de llegar al suelo, y todas ellas oscilaban por el aire graciosamente, causando la admiracion de los demás chicos de la vecindad que habian acudido á la novedad del espectáculo.

—Déjame subir á ver con qué lo haces, exclamó Bernardina, y sin esperar contestacion, trepó á casa de Pepito, donde se halló con que todo el secreto de la fabricacion consistía en una jícara de agua de jabon bastante espesa, en la que Pepito mojaba una de las puntas del tubo, para que soplando por la otra, se formasen poco á poco aquellas bolas que en todo parecían de cristal. Hay efectivamente mucha analogía entre el modo de formarse esta bola en virtud del soplo sostenido y á expensas del agua de jabon en la extremidad del tubo, con el de la vasija de cristal formada tambien á impulso del soplo del operario y en la extremidad de un tubo muy largo.

Pero no es esto lo mas particular, sino que un juego de niños, tan sencillo, tan insignificante en apariencia, haya sugerido la idea de una de las maravillosas invenciones modernas: la de los globos aereostáticos.

Así como la bola de jabon se vá inflando progresivamente por medio del aire que se introduce en su cavidad, así un globo de tafetan barnizado se vá inflando tambien por medio del aire, aunque mas enrarecido ó dilatado, que se introduce dentro del globo. En 1582 fué cuando Josef Montgolfier discurrió el inflar globos de esta manera, quemando debajo paja y papeles para enrarecer el aire. Pero no bastaba que el globo se sostuviese por algun tiempo en el aire y luego viniese al suelo como la bola de jabon; era menester que subiese y pudiera caminar por cierto tiempo, y para esto se discurrió inflar el globo con *gas*, que siendo todavía mas ligero que el aire, no podia ménos de sostener y hacer subir al globo, si con *gas* pudiera llenarse. Pero no es este el lugar de hablar de los globos.

El conejo y el perro dogo.

(FABULA.)

Helado de frio un dia,

Tapóse con un pellejo

Que se halló, cierto conejo,

Y un dogo se lo pedia.

—«Yo con él te arroparía,

Diz que contestó el gazapo;

Mas supón que soy tan guapo

Y tan compasivo soy,

Que yo mi abrigo te doy:

Díme: yo ¿con qué me tapo?»

—«Pues cédeme la mitad,

Y así se concilia todo.»

—«¿La mitad? De ningun modo.»

—«Pues no tienes caridad.»

—«¿Cómo, si ésta en puridad

Comienza por uno mismo?»

—«Eso reza el Catecismo:

¿Mas no hay piel para los dos?»

—«Y aun para tres, voto á bríos!»

—«¿Y es caridad tu egoismo?»